

## 2. 4/09/21 (sábado) a 10/09/2021 (viernes) – Champagne Mouton, le chateau avec Marie et François

4/09/21 dissabte

Nos íbamos a Champagne Mouton. Qué expectativas teníamos de la casa de Marie y Jean-Jacques? Que era una mansión del siglo XVIII con una historia particular, que habría cabras y que había andamios. Se comentaba que había un “dry toilet” ¿Qué era eso?. Mi amiga, en Barcelona, me había preguntado “Carme, ¿tú sabes a dónde vamos?” y yo le respondí “claro, tía, está todo controlado, confía en mí”. Otra frase para recordar lo mucho que queremos a Virginia.

Las expectativas se habían engrisecido un poco. Mi pelea con Blanca me tenía devastada y yo lo único que podía hacer era llorar, conducir, seguir llorando y no hablar, conducir en silencio esperar que se pasase pronto toda la tristeza. Virginia me miraba de reojo y me hacía compañía silenciosa con mucho cariño.

Fue un viaje largo; me acuerdo que nos confundimos y sin querer entramos en Limoges con mi Golf. Limoges es una ciudad grande, capital de provincia, y mi Golf es un Golf GTI MK2 del 1987. En Francia a veces los semáforos van diferente, quizás tuve algún malentendido en una calle como la gran vía y paseo de Gracia con muchos ruidos de coche pitando de fondo. La buena noticia es que no nos pasó nada. Yo estaba cansada. Paramos en un Burger King en Limoges y solo se oía francés por todos lados. En esta altura de la historia yo todavía no entendía nada de francés, escuchar francés era escuchar murmullos incomprensibles por todos lados; me sentía completamente aislada, excepto por Virginia.

Llamamos Marie, Marie nos dijo que ella no nos recibiría, pero que Jean Jacques nos abriría la puerta al llegar. Llegamos al pueblo de Champagne-Mouton que era de noche, nos perdimos, encontramos una autocaravana aparcada en una plaza del pueblo cerca de unos wc públicos, nosotras, entonces, teníamos la teoría de que los wc públicos estaban en cualquier pueblo de Francia, yo, más adelante, descubrí que no.

El panorama era el siguiente: yo desquiciada de llorar, desquiciada de conducir, Virginia, desquiciada de aguantarme llorar, desquiciada de estar encerrada 6 horas en un coche después de todas las intensidades. En mi cabeza el penetrante silencio de mi rota amistad con Blanca, el silencio inquebrantable que le había prometido cumplir. Ante nosotras: el imperante panorama de un pueblo abandonado sucumbido al silencio y oculto ante la oscuridad de la noche. Nosotras, perdidas.

Llegamos a la dirección, llamé a Marie. Nosotras, perdidas. Me dice “sí, sí, es ahí, ahora te vienen a abrir”. Y, de repente, una puerta de madera que medía 3.5 metros de altura se abre para dentro. Nos miramos yo y mi amiga. Y de detrás de la puerta asomó un faro de luz blanca, le siguió la cara de un hombre, le faltaban algunos dientes, tenía la tez pálida y los ojos claros. “Where is your car?” y yo “we parked down there in the village, tomorrow we Will bring it inside”. El señor tenía las ojeras marcadas, el pelo gris despeinado y descuidado, y detrás le seguía un perro ladrando. Dice “follow me”. Y le seguimos, nos enseñó a cerrar el porticón. Dentro del recinto estaba todo oscuro, todo negro, no se veía nada más que lo que tenías justo delante; de lejos se podía vislumbrar una tira de luces led como las que se ponen en los árboles de Navidad enganchadas a la pared pero para iluminar el camino. El viejo andaba

rápido, le seguimos en la oscuridad. Nos guió por diferentes puertas y llegamos a una escalera de madera, también iluminada solamente por luces led en la barandilla.

Mi amiga y yo fingiendo que todo esto era normal, luego lo hemos hablado y las dos estábamos cagadas de miedo, pero en ese momento las dos estábamos en plan “hemos encontrado nuestro nuevo hogar, hay que darle una oportunidad”.

Seguimos al Jean Jacques, entró en la casa, una casa muy grande, gira, gira unos pasillos, unas escaleras iluminadas por luces led como si fuesen las luces de un árbol de navidad. Se abre la puerta, nos dice “vosotras tenéis faro?” le decimos “no, bueno, tenemos el flash del teléfono con eso nos arreglamos”. Se ríe. Se oye el crujir de la madera tras cada paso tanto suyo como nuestro. A mano izquierda del primer pasillo al subir las escaleras, está nuestra habitación con dos camas.

La habitación, hermosa, con luces led para iluminarla, pero en principio todo bien. Dice “I will show you your bathroom”. Si nos centramos en la habitación: había dos camas individuales, estaba muy bien decorada, tenía una estufa de chimenea en una esquina, una puerta que no llevaba a ningún lugar en otra esquina, seguramente una alfombra en el suelo, unas luces led en la pared que iluminaban la estancia con una tonalidad tenue. Estaba decorada con ambientación al siglo XVIII, pero no por eso era menos acogedora, era un lugar bonito. Seguidamente, Jean Jaques nos enseñó el baño. Salimos de la habitación, a mano izquierda dejaríamos una puerta al final del pasillo que no sabíamos a dónde iba, a mano derecha dejaríamos la puerta de las escaleras por las que habíamos subido y recto en la mano derecha encontraríamos una habitación conjunta. Esa habitación era bastante grande. Nosotras seguíamos al señor, solo se veía la luz del faro y el pelo despeinado reflejado en la sombra, se oía siempre el crujir de nuestros pies mientras avanzábamos por la habitación. Se veían reflejos en los espejos de esa habitación.

Todo a oscuras, menos las luces led y el faro del Jean Jacques. Nosotras following al tipo. Ñec, ñec, ñec. Salimos del cuarto, volvemos al corredor que daba a las escaleras, dejamos las escaleras a mano derecha y nos adentramos a otra habitación contigua al corredor. Ñec, ñec, ñec, Se ve el reflejo de la luz de Jean Jacques en los reflejos. Qué reflejos? Hay como 3 espejos en esa habitación. Ñec, ñec, cruzamos la habitación; la habitación tenía una cama de matrimonio de estas típica de los Sims cuando te compras la cara y vieja, la clásica. Era una casa decorada con los muebles del s XVIII. En esa habitación también había cunas vacías y tocadores de señora francesa. Cruzamos la habitación que quizás medía 20 m2 y al final de todo está el bathroom.

Con el foco en su cara dice “Well, this is it, do you know what is a dry toilet?” y nosotras “no...” se le escapó una risa y dijo “Well, you Will... soon”. En esa habitación había una ducha a mano izquierda, una silla que parecía para minusválidos en frente de la puerta y dos grifos de lavabo a mano derecha de la puerta. Os preguntaréis “Y el váter?” y al final del foco de Jean Jacques, de entre las sombras se vislumbraba una silla. No era una silla cualquiera, era una silla con un respaldo de piel azulada y dos mangos para poner los brazos; la parte dónde te sentabas también era de piel azul. Debajo de esa piel, se vislumbraba un cubo. Jean-Jaques levantó la tapa, se vió el cubo desde arriba, vacío, pero con una capa de serrín. Nos explicó: te sientas, haces tus cosas, usas papel, y luego echas serrín. “Pronto os explicaremos cómo vaciarlo”. Mi amiga y yo no dijimos nada, tampoco nos miramos. Lo que pensé, con un tono mucho más desesperado y violento, fue “Carme, en serio, venías a Francia porque sabías que Blanca te iba a cuidar la espalda y no se te ocurre momento mejor para enfadarte con ella?”. Me costó

mucho no escribirle, se me caían las lágrimas, pero quise ser consecuente y no hablarle más que era lo que le había prometido. Después de ver el dry-toilette fuimos a la habitación con Virginia. La habitación era acogedora, ella tenía su cama y yo la mía. Había un par de mantas encima de las camas y las teníamos que poner, no fue un problema, esa noche dormimos muy bien. Había sido un comienzo un poco raro, pero estábamos tranquilas y felices, en principio íbamos a quedarnos un mes en ese lugar, así que lo enfocamos con esperanza, alegría y curiosidad.

5/09/21 diumenge

A la mañana del domingo, lo primero que hicimos fue ir a investigar. A mano derecha de nuestra habitación estaban las escaleras por las que subimos la primera noche, contiguas a esas escaleras había la habitación con una cama, cunas, espejos, que daba al baño y a otra habitación que daba un poco de mal rollo, en esa habitación había otra silla-orinal y luego también había a veces puertas que no iban a ningún lado, o a muros. Por el otro lado, cuando salías de nuestra habitación e ibas a mano izquierda dirección opuesta al camino del baño te encontrabas con una escalera de caracol de tres pisos que llevaba al ático.

El ático daba un poco de miedo; la casa en general daba un poco de miedo, así que por el momento no subimos. Si en lugar de subir por las escaleras seguíamos por el pasillo, cruzando toda la U (Imaginad que nosotras estábamos en una punta de la U, entonces en la otra punta de la U estaba el AIR BNB acondicionado), lo que nos encontramos fue un pasillo lleno de miles de habitaciones hasta arriba de muebles; habitaciones que parecían clasificadas por los tipos de muebles acumulados. Una estaba llena de sillas, otra llena de mesas, todas tenían muchos libros en francés que parecían del siglo pasado, papeles viejos o puertas secretas, inconexas relaciones entre ellas; telarañas y muebles viejos, extraños lavabos sin terminar... También había escaleras misteriosas que subían a habitaciones que solo se podían acceder con esas escaleras, puertas secretas detrás de cortinas, tras un pasillo de escaleras, finalmente cerradas con llave. Puertas camufladas que parecían que formaban parte de la pared pero si te fijabas había una puerta. De estas había muchas. El suelo siempre crujía bajo nuestros pies. Parecía la mansión de Narnia o el castillo de Hogwarts. Y, al final de todo el pasillo de habitaciones había una puerta bonita que llevaba a una mini biblioteca. Esa zona se ve que era prohibida, pero nosotras no lo sabíamos. De repente todo era hermoso. Esa era la zona del Air-Bnb, las habitaciones que ya habían renovado y alquilaban. Había unas escaleras a más habitaciones hermosas y renovadas. Bajamos las escaleras y las volvimos a subir para fingir que no habíamos ido por esos pasillos.

Para ir a desayunar, bajamos las escaleras a mano derecha de nuestra habitación, que llevaban cerca de la cocina. La cocina no era muy grande, estaba un poco abarrotada de objetos superpuestos, pero tenían un pan buenísimo que untamos con mantequilla. Virginia desayunaba café y yo té. Nos dejaban la mantequilla fuera porque ellos se despertaban antes que nosotras, alrededor de sobre las 8, nosotras a lo mejor bajábamos a las 9-9:30 . Recuerdo desayunar brioche y que era lo más bueno que he probado en mi vida. Esa gente también cocinaba postres que estaban buenísimos.

El jardín de la mansión era, sin lugar a dudas, lo más impresionante de ese lugar. Además de la U de la mansión, delante de esa U había un jardín enorme con muchísimas tierras, al frente un bosque, a la derecha del bosque un huerto que parecía tan grande como el bosque y a mano izquierda del bosque tenían un descampado con caballos, una caseta con una o dos cabras y

luego dónde colgar la ropa. Y, sin exagerar, lo más fascinante que vi en ese lugar fue el cerdo. Había un cerdo negro que bailaba y cantaba. O sea, estábamos Virginia y yo desayunando en el patio hermoso de la mansión del siglo XVIII con un 90% de habitaciones por remodelar, un 10% de habitaciones de castillo, bajo el hermoso sol otoñal, que pegaba fuerte, en unos bancos hechos con palés, mi coche en medio del jardín con una planta encima, y con un cerdito negro tan grande como un perro bailando y cantando al son de la música que se oía de fondo.

Mientras desayunábamos fuera, entró Marie en escena, ella venía con una libretita y un boli, se sentó con nosotras en los bancos de palés. Marie era una mujer de estatura mediana baja, debería tener alrededor de 50 o 60 años, con los ojos claros y la piel bastante morena como si le hubiese dado bastante el sol. Siempre estaba riéndose y de buen humor, era una señora que se la veía que vivía tranquila. Tenía el pelo castaño claro, rizado y mezclado con canas. Nos dijo que tenían mucho trabajo esa semana porque alojaban a 5 personas en el Air BNB, pero que luego estaríamos tranquilos. En esa casa no tenían lavavajillas. ¿Sabéis quiénes serían el lavavajillas? Virginia y yo. Pero eso lo descubriríamos más adelante.

Marie nos empezó a contar un poco la movida: estaban reconstruyendo la mansión, por el momento, de toda la casa, que era una gran U, solo había acondicionadas algunas habitaciones, entre ellas la nuestra y las de la izquierda de la nuestra; que se veían desde donde estábamos nosotras porque eran un ala de la mansión y estábamos en el centro de la U en el patio.

Marie nos empezó a enseñar la casa y a contar el proyecto y nos llevó por todas las habitaciones ya reacondicionadas por ellos, algunas las habíamos visto haciendo travesuras con Virginia pero otras no; insisto: hermosas. Las habitaciones que alquilaban en el Air Bnb parecían sacadas de cuento. Tanto el salón con los divanes y el piano; una habitación la tenían ambientada al estilo árabe, el comedor de los invitados tenía puertas secretas y armarios secretos, más puertas que se camuflaban con la pared. La casa estaba llena de puertas que se camuflaban con la pared. Una vez nos colamos para hacernos fotos aunque estaba "prohibido". Por la casa había más sillas-váter y alguna vez las usé porque esas no teníamos que vaciarlas nosotras. La nuestra se llenaba muy rápido. En fin. Que Marie nos estaba contando que tenían que acondicionar el piso de abajo del otro lado de la casa porque iba a venir a vivir una señora discapacitada, y que tenían un mes para hacerlo, que nosotras les íbamos a ayudar. Y nosotras dijimos que encantadas. Todo esto yo todavía pensando en Blanca y aguantándome las lágrimas; esa mañana había aparcado mi coche justo en medio del jardín de la mansión, habíamos sacado las cosas y, como no sabía qué hacer con la plantita del Roli, la puse encima del coche. Pues Marie que estaba de frente a mí y a Virginia, y ella de cara al coche y de repente ve el escenario: el Golf en medio del jardín con un sombrero plantita, delante del bosque y exclamó con acento anglosajón "Oh, dear! Is there a plant in the top of your car?" Y Virginia se empezó a reír, yo empecé a llorar sin filtro, Virginia se rio todavía más y yo no podía parar de pensar en que era la plantita del Roli que había tenido tanta paciencia conmigo, y Marie no sabía qué cara poner "why is she crying?" y mi amiga Virginia empezó a darle conversación para distraerla y que yo me relajase.

Cuando terminamos de desayunar nos enseñó la casa, nos enseñó la zona del air bnb y yo le dije "ah sí ya habíamos estado aquí!", se quedó un poco sorprendida y le dijimos que no iríamos más, que lo sentíamos. Nos dijo que era mejor que no fuésemos por esa zona, y luego nos empezó a enseñar toda la otra parte de la casa, y yo le pregunté "is there ghost in here?" y se rió y dijo algo así como "they are all good" y yo no la oí pero mi amiga sí. Había una zona que tenía esa cortina que llevaba a las escaleras que llevaban a una puerta cerrada, en la

habitación grande contigua parecía un gran salón y tenía unas escaleras de madera pequeñas y largas que llegaban hasta una zona del ático que no estaba conectada con ninguna otra parte de la casa y para acceder había como una trampilla hexagonal de diámetro de un metro; yo quise subir a ver qué onda, mi amiga no me dejó, y daba bastante mal rollo así que en el fondo me alegré de que no me dejase.

Ese día era domingo así que no hicimos a penas nada. Creo que ese día ayudé a Jean Jacques a poner unos tablones de madera en el suelo, cortar madera, transportarla y ayudarle a poner los tornillos. El señor tenía un hilo rojo que me parecía muy útil: estiras el hilo en la madera, lo tensas, lo estiras para arriba y dejas ir: del golpe se graba la línea roja en la madera y ya sabes por dónde cortar. Era muy guay! Estuvimos poniendo los tablones con tornillos y la verdad que me gustaba mucho colaborar en ese sentido. Comimos moluscos al vapor que estaban muy ricos, al sol, en el jardín, era setiembre pero hacía muy buen tiempo. Estuvieron hablando. Mi amiga hablaba francés y de vez en cuando lo practicaba. Cuando hablaban en francés no entendía nada, de nada, de nada. Marie creó que nos contó que ella había vivido en Sud-África y de Jean Jacques no recuerdo mucho. En mis ratos libres recuerdo que los primeros 3 o 4 días los pasaba llorando por Blanca, luego tuve que empezar a espabilar un poco. Sin embargo, por lo general, ese primer día Virginia y yo estábamos muy contentas. Hubo un momento que fuimos al huerto o al jardín a recoger arándanos y moras y luego Marie nos hizo una tarta que estaba riquísima. Paseamos por el bosque del jardín de la mansión, que tenía unos árboles altos, verdes y frondosos; a mano derecha había un caminito dentro del bosque y llegabas a los establos... Fuimos a ver los caballos y las cabras. Conocimos también a un tío que tenían contratado que no recuerdo su nombre, sólo se comunicaba en francés, pero éramos amigos con la mirada; no era muy alto y era un poco rechoncho, no sé si le faltaba un diente, no hablaba nada de inglés pero tenía cara de buena persona.

Estábamos contentas y era todo fascinante hasta que... llegaba el momento de cagar o mear. Mis amigos todavía a día de hoy se ríen de mí por cómo cuento esta experiencia. De buenas a primeras, uno podría pensar que no importa si el váter tiene agua. Vas ahí, te sientas, haces tus cosas, echas el serrín, y te vas. ¿no?. Suena fácil. Sin misterios. Sin embargo, tu ibas ahí, levantabas la tapa azul, te sentabas y de repente pensabas “¿en qué momento?”. Y no le das importancia a esa pregunta. Echas el serrín y te vas. No suena el agua cuando te vas. Te lavas la manos, te las lavas, y luego te vas a disfrutar tu mansión feliz con tu amiga, a buscar misterios, a recorrer el pueblo, disfrutar el sol, ver el cerdito bailar, lo que sea.

En esta experiencia workaway no se cenaba juntos, ellos cenaban por su cuenta y en principio nosotras teníamos que hacernos la nuestra: en una complicidad muy amable, no nos la hacíamos y cenábamos sobras de lo que hubiese. Luego salíamos a tomar el fresco y ver las estrellas y nos poníamos a hablar sobre cosas hermosas. El patio se iluminaba también con luces led, no había una gran iluminación y lo mismo cuando entrabas en la casa, seguíamos el camino de las luces led hasta nuestra habitación, que también estaba iluminada con luces led. Si queríamos ir al baño antes de dormir, nos dábamos la mano e íbamos juntas, con el flash, los reflejos del flash en los múltiples espejos de la habitación de al lado, el ñec, ñec, ñec, el baño, el baño...; nunca me había parado a pensar en la cantidad de veces al día que puedo ir al baño! Queríamos ir juntas pero a medida que se le había ido dando uso al dry toilette, menos bien olía cuando había que usarlo, de modo que, ante la tentativa de la oscuridad, dejábamos la puerta del baño entreabierta y una se quedaba fuera y la otra dentro mientras lo usábamos; si estaba tapado no olía. Nos lavábamos los dientes en compañía y luego de la mano volvíamos a

la habitación cruzando la habitación contigua. Así cada noche, me pareció un ritual hermoso, no quise romperlo, cuando Virginia me dijo que ella se tendría que ir antes yo me dije “amiga, yo, esto, sin ti, no; no, no. No va a pasar.”

Esa segunda noche dormimos un poco mal. Fue medio rara. Mi amiga también lo pensó. ¡Ya era lunes!

Dilluns 6/09/21

Desayunamos tranquilísimas al aire libre mientras ellos trabajaban. Y nos dijeron que una de las dos tenía que ayudar a cocinar y otra que ayudase con la carpintería. A Virginia le tocó pringar y fue a cocinar, le dije que al día siguiente cambiaríamos. Hay que recordar que yo soy alérgica a la cebolla, y que nosotras les habíamos traído tomates y patatas de casa de Marcelo, Roli y Blanca.

Mi trabajo como carpintera consistió en lijar ventanas. Había como 14 ventanas que se tenían que renovar; primero se lija y se quita la pintura y luego se vuelven a pintar. Pero no tenían ningún tipo de lijadora, había papel de lija y las manos. Yo me sentía muy motivada por alguna razón divina y pensé que no era una mala idea. Entre el patio de la mansión y el huerto de la derecha del bosque había un cobertizo “bastante grande” dónde había un tractor, una montaña de serrín y dos caballitos dónde yo pondría las ventanas para lijarlas. Recuerdo esta tarea como algo profundamente complicado y eterno. Y así parecía que iba a ser, hasta que de pronto Jean- Jaques me dio una pistola de fuego. Con la pistola de fuego y una espátula quemaba la pintura y la sacaba; eso olía a cáncer, de modo que yo me puse la mascarilla y Jean Jacques se rio de mí. Pero el nunca estaba ahí y a mí me era igual, no hay nada más tóxico que la pintura, o la pintura quemada o el plástico quemado. He de reconocer que jugar con fuego me parecía muy divertido, por lo menos al principio. El problema eran los desniveles de la ventana que hay que quitar ese trozo, ese trozo no se puede quitar con el fuego y se tenía que lijar a mano. Lijar a mano y sin máquina. Lijar a mano y sin máquina consistía en frotar, frotar, frotar, frotar y seguir frotando sin ver realmente ningún cambio. El primer día de lijar estuvo bien, un poco largo porque era todo el rato lo mismo, pero bien.

Virginia cocinó con las patatas que habíamos traído dos tortillas de patatas una con cebolla y una sin para que yo pudiese comer. Ese día también nos dieron para comer las patatas que les regalamos nosotras, según el criterio de Virginia se les habían quemado un poco... yo las vi un poco negras pero como a mí también se me quema todo siempre no me molestó en especial. Para acompañar las patatas había como dos salsas y una de ellas tenía cebolla. Yo aprendí a pedir agua “Je veux un peu de l’eau, si vous plait” y comimos tranquilos al aire libre.

Luego de comer, como después de desayunar, nos tocaba a mí y a Virginia lavar los platos de todos. El primer día nos enseñaron cómo querían que los lavásemos, y los siguientes días ya se asumía que los lavábamos nosotras siguiendo las instrucciones. Los platos no se podían lavar de cualquier forma, era muy importante ahorrar agua: había una pileta con agua y jabón y una pileta solo con agua, luego se tenían que secar y luego se tenían que guardar en sus correspondientes armarios. Los primeros días no era ningún inconveniente: éramos 4 o 5, la cosa se complicaba cuando había alquilados en las habitaciones. ¡A lo mejor venían 8 personas! Como el air-bnb es de “experiencia siglo XVIII” los cubiertos y los platos de los invitados eran como “especiales” y teníamos que cuidarlos mucho. Después de comer a veces se quedaban ellos también limpiando, yo si veía mucha gente en la cocina aprovechaba y me

escaqueaba, pero en general por las mañanas teníamos que fregar solas y me quedaba con Virginia. Era tedioso porque era eterno lavar todos los platos, pero nos reíamos muchísimo. Según Virginia esas ollas eran imposibles de limpiar porque ya no se habían limpiado bien en el pasado. Recuerdo que el agua del jabón se quedaba turbia y la cambiábamos como si fuéramos unas rebeldes. Mil vasos, mil platos, mil vasos de colores, cubertería de plata...

Yo seguía un poco triste por mi pelea pero intentaba distraerme haciendo fotos de la casa o inventándome historias, por ejemplo, descubrí una silla cubo en cada habitación y me imaginé como la clase media francesa del siglo pasado podían cagar alegremente en su habitación cuando se desertaban por la noche sin necesidad de cruzar todos los largos pasillos y me pareció una fantasía. Y que tuvieran que ir con velas por esa casa como si fuese algo normal, porque no había luces, como se ve en la serie de Heidi, me parecía una locura terrorífica. Suerte que nosotras teníamos el flash. A mí sola por la noche me daba bastante miedo moverme por esa casa.

Después de lavar los platos teníamos tiempo libre y luego cuando nos cansábamos de hacer nada podíamos ir a decirles en qué podíamos ayudar.

En el tiempo libre del 3r día, o sea el lunes, ya habíamos visitado muchas veces la silla del lavabo... las dos... se estaba acercando el momento. Seguramente esto fue desencadenante de muchas opiniones de mi cabeza. No solo era el hecho de echar de menos el ruido de la cadena al levantarse o ver de reojo lo que había en el cubo... llegó el momento de tener que sacar el cubo y vaciarlo. ¡Era el tercer día y nos teníamos que quedar un mes! El cubo de la silla salía en horizontal por el lado. Vaciarlo consistía en cargarlo sin tapa, lleno de serrín hasta arriba, así que no olía exageradamente mal, cruzar la mansión, bajar escaleras, cruzar 3 habitaciones hasta salir al jardín, pasar por el cobertizo dónde lijábamos la madera, llegar al huerto gigante; a mano izquierda un pozo, a mano derecha dos pilas de compost: compost orgánico y compost WC. El compost es una forma de degradación natural de la materia orgánica con el objetivo de conseguir abono a partir de ella. Literalmente montañas de mierda. Bambú detrás, delante ortigas. Porque en ese huerto había ortigas por todos lados. Y con valor, tocaría zarandear el cubo hasta vaciarlo. Sin embargo, no era suficiente, se tenía que enfatizar el movimiento más de una vez así que (lamentablemente) era casi obligatorio MIRAR cómo se vaciaba, todo, todo, todo, mezclado, todo; era obligatorio mirar para evitar que no te salpicase. Y mientras veías para vigilar, además, lamentablemente, veías el montón de compost que ya había ahí y podías empezar a distinguir "cosas". Creo que mi experiencia en esta casa no habría sido tan especial si me hubiese ahorrado este recuerdo, pero a partir de ese momento, todo fue distinto. Seguidamente, se tenía que limpiar el cubo. Esta parte era un poco divertida, a mano izquierda del huerto había un pozo a ras de suelo; se tenía que coger un cubo que estaba atado a una cuerda y lanzarlo del pozo, se llenaba como en los cuentos del siglo pasado y se estiraba para sacar el agua. Esa agua la tirabas en el cubo del váter y le dabas unas vueltas para limpiarlo; ¡jojo, el agua sucia no se desperdiciaba! Se tiraba al huerto; así un par de veces hasta que el cubo de la silla estuviera limpio. Luego con ese cubo ibas al cobertizo dónde había un montón de 3 metros de serrón y lo ponías en el cubo para que tuviese una primera capa. Finalmente volvías a la silla y ya se podía volver a usar.

El resto del día no recuerdo que pasase nada relevante. Solíamos ir a investigar por la casa, por los terrenos y por el pueblo.

Dimarts 07/09/21

Al tercer día en esa casa volvimos a lijar ventanas, esta vez mi amiga Virginia lijaba conmigo; me dijo que lo del fuego ella no quería hacerlo que ella prefería lijar a mano. (A MANO!) ella proyectaba toda su ira en lijar la madera con mucha furia, y debo reconocer que tenía más éxito que yo. Yo me dedicaba a quemar la madera y luego pasarle la lija a mano así como para nivelar las diferencias de grosor. Mi amiga a lo mejor se pasaba 30 minutos para terminar una ventana. Y teníamos como 14 y luego dos puertas. Era un trabajo que no terminábamos nunca.

Ese día para comer hicieron algo riquísimo jolía genial! Virginia me contó que era delicioso. Ah, un pequeño detalle, llevaba cebolla. Me mira Marie y me dice con una voz súper afectada. Os lo juro, la señora me lo dijo con una voz súper afectada “Oh my god, Carmen! we cooked everything with onion!” , cómo si le importase, “but don’t worry, we have made pasta for you!” y yo pensando “es broma” “me he pasado una hora y media lijando a mano, una hora y media arrancando malas hierbas sin guantes, rebozándome en ortigas a cuclillas sobreviviendo a los bichos para que me des un puto plato de espaguetis sin salsa”. El primer día uno podría entender el error. Me comí la pasta, gracias, estaba buena, un poco sosa, era pasta blanca al fin y al cabo, pero qué le iba a hacer, no tenía mucha más opción y tenía hambre.

Con respecto al dry toilette, ese día le tocó a Virginia vaciarlo; me parece recordar que fue el día siguiente a que lo vaciase yo. Empezaba a acelerarse demasiado esto de vaciar el cubo, eso me alarmó un poco. Cuando ella volvió de vaciar el cubo, después de 4 días viviendo ahí y sin quejarnos de nada la miré y le dije “podemos hablar de esto?” y mi amiga se rio, yo me reí, le dije “tía” y ella “tía, sí” y yo “tía qué hacemos”. Y riéndonos nos fuimos por el pueblo de paseo en busca de WC públicos; los encontramos y nos hizo muy feliz. A partir de ese momento quedábamos 2 o 3 veces al día para salir juntas al baño público del pueblo; cogíamos un jersey y nos escondíamos debajo el papel higiénico que teníamos guardado en el coche.

Hubo un día, quiero decir, estuvimos yendo al baño público desde el martes por la tarde hasta el viernes por la mañana que ya nos fuimos, o sea que no hubo mucho margen de actuación en nuestra visita al pueblo. Sin embargo, las primera veces que íbamos al parque del baño había un lavabo para lavarnos las manos; en otra ocasión estaba el lavabo entero y había un señor. Yo y mi amiga como teníamos solo dos tiros al día para ir al baño, a veces dábamos vueltas al parque para calentar el horno, quizás eso confundió al señor, imaginaos a dos chicas jóvenes extranjeras (españolas en un pueblo de Francia) dando vueltas hablando catalán (que no es ni castellano) y riéndose como posesas mientras se pasaban el papel higiénico. Al día siguiente volvimos y el lavabo estaba roto; no supimos si tomárnoslo como un aviso, también nos echamos a reír. Nosotras sin escapatoria seguimos usando esos wc con agua cada día hasta el último de los días que estuvimos ahí.

Desde el momento que habíamos roto el hielo con lo poco que nos gustaba usar la silla habíamos empezado a rajarse de más comodidades de la casa, así que se contraponían las incomodidades a que nos lo tomábamos a guasa y mi amiga me permitía escaquearme con frecuencia. Hay que reconocer que se cocinaban muy buenos pasteles en esa casa, yo siempre que me escaqueaba luego iba a la cocina cogía comida del postre, me la llevaba a la habitación y me la comía tranquilamente. Galletas. Había galletas buenísimas.

Llevábamos ya 7 días de viaje, los 3 en el sur y los 4 en el Chateau; Virginia y yo quisimos poner una lavadora. Le dijimos a Marie y ella nos respondió que sí, que tenían, que tenían lavadora, pero que no, que no podíamos usarla. Y nosotras “por qué?” , claro, también nos habían dicho que solo podíamos usar el wc de nuestra habitación, cosa que yo me saltaba indiscriminadamente, los que no tenía que vaciar yo, cada vez que me los cruzaba, les dejaba



un regalito. Nos dijo Marie que si queríamos poner una lavadora fuésemos al Carrefour que eran 4 euros y 2 la secadora, que es una tecnología muy innovadora y que ahora mandan un sms cuando termina la lavadora. Y nosotras dijimos “vamos a ver si lo encontramos” y fuimos sin la ropa, una vez llegamos ahí, ella y yo, que somos unas idealistas dijimos “a qué fin! A qué fin voy a gastar yo 6 euros en una lavadora si el jabón a mano son 4! Tía, nos sale SÚPER A CUENTA” Con perspectiva creo que fue la mayor idiotez que dije en ese viaje. Sin embargo, así lo hicimos y lo compramos, y fuimos a la casa con las comodidades de Heidi y intentamos lavar la ropa a mano en el lavabo de nuestra habitación; las dos a la vez, o sea que no cabía nada por ningún lado. De paso ya que estábamos en el Carrefour les compramos dos esponjas para fregar los platos porque estábamos hartas de fregar con esponjas gastadas; los hippies estos estaban súper comprometidos con el medioambiente, odiaban el uso del plástico y como que querían reutilizarlo todo hasta el final.

En cuanto llegamos a casa ya había atardecido, así que no había luz en el baño, decidimos que la ropa la lavaríamos al día siguiente por la mañana entre el desayuno y ponernos a trabajar; por lo menos ya se había terminado lo del huerto.

La noche del martes Virginia recibió una noticia. El 15 tenía que estar en Barcelona. Nosotras pensábamos que se tendría que ir el 30; nos habíamos apalabrado de quedarnos hasta el 25-30 con estos señores. Pero ¡qué buena noticia! Me supo mal porque es mi amiga y no quería que se fuese pero me puso contenta porque abría un hilo de escapatoria a todo eso. Ella y yo decidimos que ella se iría primero y que yo me quedaría 15 días en lugar de 30 para no dejarles tan tirados, en el fondo nos sabía mal porque los dos hippies eran súper simpáticos y súper majos; en la web ponía que tenían váter seco pero yo lo había ignorado porque no sabía qué era.

Sumándole a la experiencia que por la noche la habitación daba cada vez más miedo, por no hablar de los momentos de coraje cuando mi amiga dormía y tenía que ir al baño sola con el flash y las pisadas.

### Miércoles

El miércoles fue un día especial. He comentado que normalmente con nosotros estaba el trabajador francés que no recuerdo como se llamaba pero era majo, el miércoles vino otro que era el jardinero. Me desperté un poco triste pero me animé “tranquila Carme, solo quedan 10 días”.

Antes de ir a trabajar nos dispusimos a lavar la ropa en el lavabo de nuestro baño. A lo mejor nos pasamos tres cuartos de hora lavando la ropa a mano, había piezas que tuvimos que dejar en remojo porque seguían oliendo mal. Una vez casi todo limpio las fuimos a tender al jardín. A la media hora se puso a llover. Corrimos para recogerla y nos dijeron “tendedla en el ático que se secará súper bien”. Subimos al ático que daba bastante miedo, con el ñec ñec ñec ñec de las escaleras esas de caracol grandes que no habíamos subido el primer día; había paja en el ático, era un poco turbio; pero íbamos siempre juntas y de la mano. Tendimos la ropa. Si esto fue el miércoles por la mañana, el viernes había ropa que seguía mojada. Al 3r día nos miramos y dijimos la próxima vez pagamos los 6 euros de la lavadora y secadora.

Ese día lijé por 3r día consecutivo, aunque fue solo alrededor de media hora o una hora porque Jean Jacques nos dijo que fuésemos con él que haríamos una cosa diferente. Nos llevaron al huerto. Este huerto era una selva. Era gigante y estaba distribuido como en 6 o 8 zonas diferentes. Nuestra misión era arrancar las malas hierbas. Nosotras íbamos sin guantes, puede parecer una tontería pero el huerto estaba lleno de ortigas hasta el punto que me senté en una silla y en la silla había ortigas. Estaba el francés 2 que nos decía lo que teníamos que hacer, que realmente era un pavo que pasaba de nosotras; el sí tenía guantes. El tío nos iba diciendo tenéis que arrancar aquí, aquí y aquí. Era un trabajo que tampoco terminaba nunca porque era un huerto que parecía que no se cuidase hacía meses; todo estaba comido por los bichos, todo estaba muerto, no es que hubiese 3 o 4 malas hierbas es que era muy difícil distinguir cuales eran las hierbas que se tenían que conservar. Y así estuvimos un par de horas arrancando hierbecitas a cuclillas, sin guantes, esquivando ortigas hasta que mis manos de princesa en lugar de blancas eran rojas, y no las notaba. Le dije a mi amiga “hasta aquí” , porque además a los otros franceses ¡les estaban pagando! Y les era igual lo que hiciésemos nosotras si trabajábamos o no. Yo no les entendía al hablar pero se les veía que no les preocupaba; el jardín estaba hecho un desastre, era insalvable. Le dije a mi amiga que yo me iba a escaquear por el jardín fingiendo que hacía cosas; me fui a una parcelita que no se me viese y me quedé ahí a cuclillas descansando y abrazando mis manos de princesa. Mi amiga al principio se sintió mal, me miró con reprobación y siguió trabajando; un espíritu muy noble el suyo; yo cuando me miraba a lo lejos le sonreía y le invitaba a unirse. A los 15 minutos se unió a mí. En un momento nos hicimos colegas de los franceses porque mi amiga sí que habla francés y confirmamos mi teoría de que les era igual nuestra colaboración activa. Para nosotras era un poco deprimente ver que a esas personas además de darles de comer también les pagaban. En cuanto nos hicimos amigas suyas ya dejamos de fingir que trabajábamos y empezamos a hacer el tonto.

*Más tarde nos dimos cuenta que uno de ellos nos rompió el compresor de aire que usábamos para limpiar la arenilla de lijar, y nosotras no supimos arreglarlo.*

Estábamos a miércoles; el martes, el miércoles y el jueves hubo huéspedes. Cuando había huéspedes no podíamos pasar por según qué zonas de la casa “por no molestar” y en lugar de comer en la parte chula del jardín se comía en una parte apartada, eso sí, todos juntos, pero luego también teníamos que limpiar los platos de los huéspedes. Los de los huéspedes que comían antes que nosotros, los nuestros y los de los trabajadores. Yo y Virginia estábamos encantadas, nos encantaba lavar los platos de todo el mundo.

Ese día para comer volvieron a hacer algo delicioso, olía genial, os lo prometo, cuscús con algo... qué era? Qué sería? Ah sí, algo con cebolla. Yo comí cuscús blanco y un helado de poestre o unos pasteles muy ricos; Jean Jacques le dijo a Virginia “Carme parece una niña de 10 años solo come pasta blanca, pasteles y helados” , yo estaba cada vez un poco más desesperada.

Resituémonos: estaba en la mansión con el cerdito negro que canta y baila. Con los dos hippies que Marie nos contó que empezó a fumar tabaco a los 6 años y porros a los 11. A parte de otras múltiples historias muy divertidas. Sin un baño decente donde hacer nuestras necesidades y para evitar experiencias traumáticas nos cruzábamos medio pueblo 3 veces al día con mi mejor amiga escondiendo papel higiénico. Trabajábamos sin protección y sin herramientas como si estuviésemos en el siglo pasado, limpiábamos los platos de todo el mundo; yo estaba en Francia pensando que alguien hablaba inglés y nadie hablaba más que francés; mi mejor amiga francesa estaba enfadada conmigo y yo no quería volver a cagar en el

cubo. Estamos a miércoles todavía. Mi segunda mejor amiga francesa era Elsa, Elsa es una chica muy inteligente y resolutiva, ella vive en París y yo le debía una visita así que le escribí a ella. Elsa justo tenía intención de volver a Barcelona y no se qué, total que me contó que lo sentía mucho y no podía hospedarme por ahora porque estaba su piso que se le estaba cayendo encima y vivía en casa de otras personas. Así que jugué a escribirle a toda Francia en la aplicación de workaway. Mi objetivo era llegar a Alemania; Lukas me había puesto fecha de 4 de octubre y estábamos alrededor de 10 setiembre. Le escribí a toda Francia indiscriminadamente para conseguir otro sitio en el que estar, pensé “cualquier lugar que tenga váter me servirá”. Todo esto lo pensé mientras me comía el plato de cuscús blanco y los demás disfrutaban el maravilloso plato con cebolla, que de verdad, olía genial.

Por la noche le dije a Virginia que yo quería aguantar los 15 días, pero que no, que qué va, que el viernes nos íbamos las dos, que yo ya me buscaría la vida, me quedaría en mi coche si hacía falta pero que yo pasaba de trabajar tantas horas a cambio de pasta blanca y cagar en un cubo. Yo empezaba a estar desesperada, aunque aguanté sin escribirle a Blanca y pedirle ayuda, Virginia tenía una historia con Havard, un chico muy majo; y me decía que Havard le decía que quería venir a verla a Francia. Y yo, desesperada, le dije “DILE QUE VENGA” y Virginia venga a reírse, y cómo es muy buena amiga también me incluyó en su plan, yo le insistía “es nuestra oportunidad para escapar, no me abandones por favor, dile que tienes una amiga, que soy maja, que estaré callada, por favor, llevadme con vosotros” Así es como conseguimos escapar de esa casa y pasar un fin de semana hermoso en La Rochelle. Gracias a Havard, que es un tío de puta madre, un beso desde aquí. Entonces Virginia se concentró los últimos días en buscar un sitio para los 3 en La Rochelle para el fin de semana; y yo me concentré en mendigar por otras granjas e Francia otro sitio en el que trabajar de voluntaria. A muy malas tenía pensado dormir en el coche, para variar en mis planes, sin ningún tipo de planificación realista previa ni proyección de ventajas e inconvenientes.

Y les avisamos a dos días de irnos de que nos íbamos. Hasta ahora todo había sido bastante chill. La noticia no les sentó muy bien; nos dijeron “si ibais a quedaros un mes” y les dijimos “sí, pero, claro, justo Virginia se tiene que ir por su curso” y me miraron y me dijeron “y tú por qué no te quedas?” y yo respondí tipo “a mí me da miedo dormir sola en esa habitación” que, fuera coñas, era verdad.

Jueves

El jueves amaneció muy simpático porque yo ya pensaba “es el último día, mañana nos vamos”.

Nuestra ropa la mitad seguía mojada. Ese día yo ya había comido pasta blanca y cuscús blanco y a la hora de comer, volvieron a cocinar algo delicioso y para mí “we are sorry we’ve made some pasta for you” (otra vez) yo ya no me creía el sorry de mi amiga Marie.

Esa mañana dijeron que ya no teníamos que lijar más; habíamos lijado durante muchos días porque por las tardes también lijábamos una hora y media o dos, pero ese día lo daban por finalizado y tocaba ponerse a pintar. Como sabían que nos íbamos querían darnos uso, yo lo entendí, se agradeció el cambio de tarea. Sin embargo yo estaba muy quemada, a Virginia pintar le gustaba pero a mí no y, de repente, no sé por qué la perdí de vista y pensé que ella se

había rallado y no la encontraba por ningún lado, fui a buscarla por todos los jardines, el bosque, el huerto, y no la encontraba por ningún lado; y yo pensé bueno, no la encontraré, y me quedé así sin hacer nada mientras los demás trabajaban como durante una h, pensativa, en el bosque; luego volví y vi que Virginia estaba allí, trabajando, feliz, pintando, y me dice “tía dónde estabas” y yo “buscándote tía!!!” y se echó a reír, pero yo ya me había escaqueado que es por lo que se reía mi amiga. Siempre le estaba diciendo “tía no te ralles, no podemos hacerlo perfecto”.

Ese día a la hora de comer volví a comer pasta blanca, esta vez sacaron un poco de salmón para que no estuviese tan sosa. Eran simpáticos solo que no me tenían en cuenta en el menú; a mí me caían súper simpáticos los hippies. Justo después de comer en nuestro viaje al wáter, como era el último día, nos interceptaron y nos mandaron a trabajar, nos aguantamos las ganas. No era grave. Ese día yo me enfadé un poco: nosotras no teníamos ropa de trabajo ni nada porque tampoco nos habían dicho que trajéramos y no habíamos venido preparadas. Eso no es grave, pero forma parte de la anécdota. Nos dijeron que había que pintar una habitación entera, pero primero se tenía que limpiar el techo:

nos dieron un aspirador y una escoba, y nosotras sin ropa de trabajo. Yo con la escoba y mi amiga el aspirador a un techo que a lo mejor hacía 2 siglos que no se limpiaba; mira yo salí de allí NEGRA, cubierta de polvo. Cada escobazo que le daba a la viga negra se caía todo el polvo encima de mi cara y por todo el cuerpo, me entraba en los ojos, pestañeaba en vano y a veces tosía. Las dos encima de un andamio, mi amiga no paraba de reírse; qué lista había sido ella cogiendo el aspirador. Primero tenía que pasar yo con la escoba, ducharme de suciedad y luego pasaba ella para rematar con el aspirador. Luego mover el andamio. Y entonces viene el Jean Jacques y nos dice que tenemos que pintar, que nos hace él la mezcla del blanco con el agua. De techo.

Me dio una mezcla súper disuelta: yo entre negra a pintar el techo y salí blanca de lo que me regalimaba y le dije “señor me parece que tu mezcla está mal (porque no enganchaba estaba yo más blanca que el techo” El señor se ríe, y no sé cómo conseguí escaquearme una hora y media, me lavé, fui a comer galletas y pasteles que habían sobrado a la habitación y a la hora y media volví. Virginia, Marie y el francés simpático que no recuerdo su nombre y me sabe mal porque me lo aprendí estuvieron pintando durante una hora. Cuando volví serían sobre las seis, habían pintado entre los 3 solo mitad habitación y era ya momento de plegar, terminamos la pintura y cuando fui a limpiarlo Jean Jacques me dijo “no, esto se tiene que terminar”, me interceptó, me puso más pintura y me quedé yo sola con Virginia pintando, yo cabreadísima y a toda hostia, y recuerdo que la segunda parte se pintó en 20 minutos siendo que la otra habían tardado una hora. Me indigné porque Marie fue al trozo que había pintado Virginia y dijo “look it is whiter in here it is because it is already dry” y yo pensé “no tía es porque lo ha pintado mi colega que le mete mucha más saña que todos los demás” pero me callé ¡porque ya me iba al día siguiente!. Terminamos de pintar y, de hecho, a mitad pintar la segunda parte Marie se piró y el francés miró el reloj y dijo “si son pasadas las 6 y media, me piro” y nos quedamos mi amiga y yo. Al final terminamos de pintar el techo. Todo esto era compartiendo un andamio entre 3 o 4 personas.

Hay una anécdota de Marie que me hace mucha gracia, vino un día y dijo “uy, casi quemó el horno! Como aquella vez ja ja ja”y Jean Jacques se reía y yo señora de qué habla dice que una vez se dejó el horno encendido y que cuando lo fue a encender, explotó, que vaya susto, que tú te crees que salió disparada contra la pared y encima tuvo que pasarse toda la tarde con la mano en un balde de agua helada. Yo, flipando, le respondí “eres consciente de que podrías estar muerta?” y se reían, estos dos se reían y me dijo “ay es verdad no lo había mirado desde este punto de vista, pero toda la tarde tuve que estar con la mano en el balde de agua!” y el Jean Jacques se reía, y nos dijo que los bomberos tuvieron que venir dos veces a protegerles, una ésta de la explosión y otra una vez se les coló un hongo de la madera y él estaba quemándolo con la pistola de fuego que uso yo frecuentemente y luego vació un extintor que tienen pero no conseguía apagar el humo y claro como la casa es de madera pues se preocuparon y después de vaciar otro extintor se vio obligado a llamar a los bomberos y al final consiguieron extinguir el humo. Me encantaba la felicidad con la que contaban estas historias, era bastante gracioso si no convives con estas personas.

Finalmente, el viernes

Al día siguiente Virginia quería quedarse con ellos a comer y trabajarles por la mañana y yo quería poner las maletas en el coche y pirarnos. Me desperté; me picaba todo el cuerpo. Y yo “Tía.” Y Virginia durmiendo. Yo hacía un mes había visto a una colega que justo se quejaba luego de que tenía la sarna. Y dije “tía y si es la sarna?” Y ella se despertó de golpe. Yo tenía picaduras por toda la cintura, así que con esto la convencí de hacer las maletas e irnos sin trabajar, porque yo estaba muy enfadada. Y además si yo la tenía era probable que tarde o temprano se le manifestase también a ella. Nos empezamos a rallar si nos habría picado algún bicho extraño. Fuimos a recoger la ropa del ático (todavía!) todavía quedaban prendas. Recogimos las sábanas, barrimos la habitación, vaya, lo típico. Fuimos a tirar juntas el último cubo de caca, que habíamos dejado para el último día. Había un golpe que le dí a mi coche y lo arreglé con superglue en ese jardín. Desayunamos primero. Llenamos el golf de maletas mientras Marie y Jean Jacques trabajaban. Nos fuimos a despedir y les pedí una boina que me había encontrado que estaba tope de guapa, pero me dijeron que esa no me la daban que era de su hija, y me llevé la otra que sale conmigo en todas las fotos, pensando que era una boina del s XVIII pero me desilusionó mi amigo Mehdi cuando me dijo que no se hacían materiales elásticos en esos tiempos. Y, entonces, como guirnalda y antes de irnos, le dije a Marie “you are a nurse?” y ella “yes” y le dije “SOMETHING PICKED ON ME” y le mostré toda mi cadera, en un impulso bajándome los pantalones para que se viesan bien las picaduras, y Marie, sorprendida, mirándome a mí, a mí cadera, a mí, indistintivamente y me respondió “is the cat!” y yo “are you sure?” y ella, riéndose, “I have this all over my body, He never get this i dont know why!” (dijo señalando a Jean Jacques). Y entonces cruzamos los dedos esperando que mis picadas se fueran. Cuando nos fuimos nos preguntaron si lo habíamos recogido todo y cambiado las sábanas, y les dijimos que sí, que habíamos pasado la escoba y vaciado el váter; y nos respondieron que ellos nunca entran en esas habitaciones, que genial y gracias. Así que cogimos el coche, pusimos el Hombre de la Mancha y salimos por el portón grande de la mansión dirección La Rochelle!!!!!!